

PREFACIO

No es que la huida de Mila del Hogar Holandés para Madres Solteras, en mitad del frío invierno de 1963, la llevara directamente a la mística Mazar-i-Sharif y más allá. Antes, se instaló en Ámsterdam con su bebé.

Enamorada de las telas y la comida, de los colores y el hachís, Mila abrió Kink 22 en 1966, donde se ofrecía ropa «para gente libre y feliz»; y ella misma era el principal reclamo, «siempre ataviada fabulosamente con un nuevo vestido (cosido a mano), o con un traje pantalón de seda estampada con motivos selváticos y una peluca». Kink 22 fue víctima de su propio éxito, y su actividad se volvió agobiante, de manera que Mila transformó la tienda en el exótico salón de té Cleo de Merode, el cual abría de mediodía a medianoche. El salón de té se convirtió rápidamente en el principal punto de encuentro de la escena *underground* internacional de Ámsterdam, a la que presionaba de forma persistente la asustadiza policía holandesa, por lo que Mila se vio forzada a cerrarlo.

Eran los años sesenta, y Mila sentía que la India era el sitio que realmente estaba auspiciando esa época; más que ningún otro. Así que se lanzó a ir por tierra desde Ámsterdam en compañía de su pequeña hija, a través de Afganistán. Por fortuna, a ambas les encantaba caminar, ya que muchos de los lugares que atravesaba su ruta sólo eran accesibles a pie. Pero viajaron principalmente en furgoneta; también en barca y en autobús, y en trenes poco fiables; a caballo, en bicicleta

y en balsa; hasta haciendo equilibrio sobre cuerdas en cierta ocasión.

Mila era atraída por la oportunidad de vivir experiencias como una abeja a las flores. Sobrevivía a su manera, siguiendo la única regla de que, fuera lo que fuera, tenía que ser excitante. No es de extrañar que, cuando el diminuto jefe de un circo itinerante de enanos le pidió a Mila y a su pequeña que se unieran a la tropa, madre e hija se miraran la una a la otra y respondieran al unísono: «¡Sí!».

Veinte años en la India, entre idas y venidas, pasando de un negocio a otro —a veces, por cambiar de clima simplemente— hicieron que el alma del subcontinente asiático fuera absorbida como un fragante aceite por la piel de Mila. Y, llegado el momento de volver a Europa de manera definitiva, también había estado expuesta a la mirada de usos y formas de producción del hachís en el Lejano Oriente.

De vuelta en Ámsterdam, abrió con unos amigos el Hemp Hotel, cuyas instalaciones incluían sábanas de cáñamo en las camas, plantas de marihuana creciendo en el vestidor, aceites de cáñamo y una provisión constante de productos comestibles a base de cáñamo. El hotel se convirtió en una gran fuente de diversión, pero no servía para hacer dinero (así que, por supuesto, Mila lo mantuvo en funcionamiento durante años). Mientras tanto, el dinero continuó siendo un problema, como siempre.

Una noche de 1992, Mila estaba haciendo la colada y fumándose un canuto en su casa de Ámsterdam. Al observar la ropa mientras daba vueltas en la secadora a través de la pequeña ventana —gira que gira el tambor de la secadora—, de pronto se le vino a la mente algo que había visto a menudo

en Lejano Oriente: la forma que tenían de separar la resina de las hojas de marihuana. En ese momento, una hora antes de la medianoche mientras hacía la colada, se hizo a sí misma una pregunta trascendentalmente simple: ¿qué pasaría si quitara el elemento calefactor de la secadora, y pusiera dentro del tambor marihuana seca en vez de ropa?

¿No haría la acción de volteo que se soltaran suavemente los potentes tricomas de las hojas y las flores? Y, al añadir una malla fina alrededor del tambor, ¿no podrían pasar esos tricomas a través de la malla, y ser recogidos en una bandeja situada en la base de la máquina?

¿Qué se obtendría entonces?

Hachís puro, sin adulterar.

Cuando, a lo largo de los días siguientes, se comprobó que éste era precisamente el caso, surgió otra cuestión; la misma cuestión que Mila se había preguntado y respondido tantas veces durante su vida independiente y salvajemente libre: «¿Podría montar un pequeño negocio con esto?».

Era eso, o el jardín de mariposas que pensaba crear. Y los banqueros afirmaban que las cifras de su «plan de negocio» para la empresa de las mariposas eran demasiado optimistas.

Así fue como se lanzó la primera máquina de la historia para hacer hachís. El único avance de este tipo en una antigua industria de más de 3.000 años. En 1994, Mila llamó Pollinator a su invento; ahora, ese invento se vende por todo el mundo.

¿Cómo llegó Mila a ser la Reina del hachís? Se trata de la historia de un viaje. Literalmente. Trae cerillas de sobra y, al

menos, un poco de efectivo si puedes. Por lo demás, siempre que tengas el valor de un león, dispones de todo lo necesario para la travesía que se avecina.

Jamie Craig